

LA TRADICIÓN CAPACHA DEL OCCIDENTE MESOAMERICANO. APUNTES SOBRE LOS NUEVOS HALLAZGOS Y LAS NUEVAS PROPUESTAS

María de los Ángeles Olay Barrientos
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Centro INAH Colima, México
Email address: <angeles_olay@inah.gob.mx>
ORCID: <[0000-0002-1584-7509](https://orcid.org/0000-0002-1584-7509)>

Int. J. S. Am. Archaeol. 10: 7-19 (2017)
ID: *ijsa00053*
Cirex-ID: <[17x.1336.840/s2011-0626.29763x](https://doi.org/10.1336.840/s2011-0626.29763x)>

Available Online at



This information is current as of February 2017

E-mails Alerts

To receive free email alerts when new articles cite this article - sing up in the box at the top right corner of the article, see:
<http://www.ijsa.syllabapress.us/info/email_alerts.html>

Rights & Permissions

To reproduce this article in part (figures, tables) or in entirety, see:
<http://www.ijsa.syllabapress.us/info/rights_permissions.html>

Reprints

To order reprints, see:
<http://www.ijsa.syllabapress.us/guides/order_reprints.html>



LA TRADICIÓN CAPACHA DEL OCCIDENTE MESOAMERICANO. APUNTES SOBRE LOS NUEVOS HALLAZGOS Y LAS NUEVAS PROPUESTAS

María de los Ángeles Olay Barrientos

*Instituto Nacional de Antropología e Historia
Centro INAH Colima, México*

Email address: <angeles_olay@inah.gob.mx>

ORCID: <[0000-0002-1584-7509](https://orcid.org/0000-0002-1584-7509)>

Received 27.11.2016. Accepted 25.12.2016.
Published Online in February 2017



Abstract

Explanations regarding the early contacts between Mesoamerica and South America have developed hypotheses which, although plausible, lack, in most cases, hard data. The central theme of this paper is a concept outlined by John Clark and Dennis Grosser (1995) regarding "dependent invention", consisting of the acceptance of ideas and technological knowledge from one place to another through its adoption and a rapid and different application in ways that are beyond the use of the donor group. This concept has been used by these authors to explain the development of the societies of the Soconusco area in Chiapas, groups that are accepted as the early substrate of the Olmec. The concept, applied to the West of Mexico, tries to explain the reason why the development of the Capacha culture gives account of, agricultural, sedentary societies with an acceptable technological development expressed in its domain of the ceramics and the polishing and carving of stone, as well as of a complex ideology expressed in a funerary corpus. The fact that no evidence of its sedentarization processes was found in the region seems to indicate that its rapid process of social complexity was carried out from the cultural impulses coming from the south of the continent. Copyright © Syllaba Press International Inc. 2007-2017. All rights reserved ®.

Keywords: Cultural Contacts, Mesoamerican West, Early Societies, Capacha Tradition, Funerary Systems.

Resumen

Las explicaciones relativas a los contactos tempranos sucedidos entre Mesoamérica y Sudamérica han desarrollado hipótesis que si bien son plausibles, carecen, en la mayor parte de los casos, de datos duros. El tema central de este trabajo retoma el concepto esbozado por John Clark y Dennis Grosser (1995) respecto a la "invención dependiente", que consiste en la aceptación de ideas y conocimiento tecnológico de un lugar a otro mediante su adopción y una rápida y diferente aplicación tecnológica en formas ajenas al uso del grupo donante. Dicho concepto ha sido utilizado por estos autores para explicar el desarrollo de las sociedades del área del Soconusco en Chiapas, grupos que se aceptan como el sustrato temprano de lo Olmeca. El concepto, aplicado al Occidente de México, intenta explicar la razón por la cual el desarrollo de la cultura Capacha da cuenta de sociedades agrícolas sedentarias con un aceptable desarrollo tecnológico expresado en su dominio de la cerámica y del pulido y tallado de piedra, así como también de una ideología compleja expresada en un su corpus funerario. El que en la región no se haya encontrado evidencia de sus procesos de sedentarización parece indicar que su rápido proceso de complejización social se llevó a cabo a partir de los impulsos culturales procedentes del sur del continente. Copyright © Syllaba Press International Inc. 2007-2017. All rights reserved ®.

Palabras clave: Contactos Culturales, Occidente Mesoamericano, Sociedades Tempranas, Tradición Capacha, Sistemas Funerarios.

Fue a raíz de los acuerdos realizados en el Congreso de Americanistas efectuado en la ciudad de San José, Costa Rica en el año de 1958, cuando diversas instituciones académicas dedicadas al estudio de los restos materiales de los pueblos antiguos de América decidieron unir esfuerzos y encauzar investigaciones arqueológicas destinadas a dilucidar eso que varios percibían e incluso aceptaban pero que sin embargo, no se encontraba sustentado sólidamente

a partir de "datos duros": los préstamos culturales efectuados durante el periodo temprano -o *Formativo*- entre Mesoamérica y el Área Andina, las regiones nucleares de América.

Estos tempranos acercamientos se transformaron posteriormente en diversas líneas de investigación que abordan desde las características de la navegación desarrolladas por los grupos partícipes en los contactos marítimos a través del tiempo, el papel

desempeñado por este fenómeno en la dispersión de especies vegetales como el maíz; del universo mítico y ritual como elemento dinámico del comercio, a la significancia cultural de estos encuentros.

En el caso de Mesoamérica, el tema de los préstamos tempranos se enfocó principalmente en dos regiones: la Costa de Chiapas y Guatemala y el Occidente mexicano. En el primer caso autores como Michael Coe (1960), Kent Flannery (1967) y Gareth Lowe (1975) habrían plantearon la imperiosa necesidad de conocer y develar los remotos orígenes de lo Olmeca en el entendido que fueron precisamente sus antecedentes los que sustentaron la ocurrencia de la primera sociedad compleja mesoamericana. Es evidente que este sustrato refería a la necesidad de descubrir y documentar lo que en términos de Gordon Childe sería el ubicar cuándo y dónde se sucedió la revolución neolítica, esto es, el descubrimiento de la agricultura y con ella la sedentarización de los pueblos que la practicaron.

Ahora bien, se sabe que el aspecto que tiene que ver con la domesticación del cuerpo fundamental de la dieta mesoamericana (el maíz, la calabaza, el frijol, el chile) fue abordado de manera exhaustiva por el equipo de Richard MacNeish en el área de Tehuacán en Puebla. Otros investigadores se dedicaron a la búsqueda de aquellas evidencias que dieran cuenta de aquellos primeros agricultores, labor difícil si se toma en cuenta que se trataba de grupos que sustentaron buena parte de su economía en otras actividades complementarias como la caza, la pesca y la recolección. Este perfil, sin embargo, fue buscado en aquellos ambientes que se consideraron propicios a esta gama de actividades. Estos ambientes favorables pudieron ser aquellos valles formados a la vera de la desembocadura de ríos en la costa o, en las orillas de los lagos de agua dulce que se formaron en las diversas cuencas del Altiplano mexicano.

Uno de los aspectos que se consideró relevante en términos de desarrollo tecnológico fue la aparición y el desarrollo de la alfarería, ese elemento de cultura material que suele conservarse como documento imprescindible de la arqueología. Fue a partir de este parámetro –entre otros- que se trató de vislumbrar la trayectoria de los pueblos originarios. En este ámbito se inscriben los hallazgos de Charles Brush en las cercanías del Puerto Marqués en Acapulco. Se trató de una cerámica poco elaborada y con acabados toscos denominada como *Pox pottery*, la cual fue fechada hacia el 2,300 a.C. (Brush, 1969). Esta fecha fue un tanto similar a la obtenida por MacNeish en Tehuacán y correspondería a la Fase Purrón. No obstante, Christine Niedemberger señala que:

La ambigüedad de las asociaciones estratigráficas, en el primer caso y la inconsistencia general de la definición de la fase Purrón en el segundo, llevan a pensar que el problema del origen de la alfarería en Mesoamérica está lejos de ser resuelto. (Niedemberger, 1999)

El tema que Niedemberger pone sobre la mesa es el hecho de que el siguiente grupo cerámico que aparece en términos cronológicos (la denominada Fase Barra presente en el área costera de Chiapas y Guatemala) contrasta notablemente con los primeros tuestos documentados por el registro arqueológico mesoamericano. Este complejo cerámico (ubicado entre el 1.600 y el 1.400 a.C.) se caracterizó tanto por su elaborada manufactura, como por la diversidad y riqueza de su decoración y acabados de superficie.

Al respecto John Clark señala la existencia de dos orientaciones en las líneas de investigación realizadas tanto en las costas de Chiapas como en las de Guatemala. Las realizadas hasta antes de 1984 había privilegiado el hallazgo de depósitos tempranos en los cuales se pudiera tener noticias de la señalada revolución neolítica (Arcaico Tardío y Formativo Temprano) y posterior a esa fecha, se habría comenzado a trabajar sobre registros arqueológicos que develaran las tempranas formas de jerarquización social (Clark, 2006).

Para Clark la distinción entre los periodos Arcaico y Formativo se encontró *marcada por la posible presencia de alfarería y aldeas permanentes en el Formativo y por su ausencia anterior*. Fue por ello que en las aldeas más tempranas la investigación se encaminó hacia el estudio de su cultura material permitiendo la definición de cuatro complejos cerámicos que abarcaron el período comprendido entre 1.900 y el 1.000 a.C., ellos fueron: Barra (Lowe, 1975); Ocos (Coe, 1961) y Cuadros y Jocotal (Coe y Flannery, 1967). Posteriormente los estudios de Clark en el área de Mazatán llevaron a confirmar la posición cronológica de los cuatro complejos señalados y permitieron además, definir dos complejos más denominados Locona y Cherla.

Aunque las formas y decoraciones de las vasijas cerámicas cambiaron con el tiempo, creemos que fueron fabricadas por los mismos pobladores a quienes designamos mokayas, que quiere decir “la gente del maíz”. (Clark y Pye, 2006, 2).

La recapitulación de Clark es enfática al señalar que los trabajos realizados en el área indican que *la cronología del Arcaico y Formativo del Soconusco es la más precisa en toda Mesoamérica y permite una consideración de preguntas históricas tales como los orígenes de la alfarería, la agricultura y la vida sedentaria*.

Sin duda las características y la temporalidad de la cerámica del Soconusco llamaron poderosamente la atención en razón no sólo de su temprana ocurrencia sino también por la diversidad de sus técnicas de elaboración y su variedad de formas:

Entre las formas de la fase Ocos predominan las ollas sin cuello o tecomates, vasijas pesadas de base plana, cuencos de silueta sencilla y vasos cilíndricos, lo mismo que vasijas con soportes largos y un borde con una banda de pintura iridiscente contenida entre líneas horizontales acanaladas; y en la decoración,

además de dicha pintura iridiscente que también era aplicada en bandas paralelas o en zigzag sobre superficies rojo pulido especular; había el estampado de mecedora, hecho con el borde o espalda de una concha, con un sello dentado o con un sello liso; la impresión de cuerda, mediante la técnica de paleteado o de una bola; el estampado dentado sencillo; incisiones zonales, etc. (Piña, 1975:69).

La ocurrencia de estos peculiares estilos cerámicos propició algunos planteamientos esbozados por autores como Michael Coe (1960); Betty Meggers y Clifford Evans (1965) y Paul Tolstoy y Louise Paradis (1970) mismos que habrían percibido la importancia de los impulsos culturales procedentes de las costas sudamericanas durante el Formativo temprano los cuales habrían desempeñado un importante papel en la conformación de la denominada Tradición Olmeca. Al respecto Piña señala:

[...] cuando menos hacia el 2,000 a. C., algunos grupos comenzaron a asentarse en el sureste de Mesoamérica, [estando] relacionados más bien con Centro y Sudamérica, de donde partió la tradición cerámica "sureña-costeña"; estos grupos fueron formando las primeras aldeas rurales y pescadoras que se situaron en las costas, los valles intermontanos, los lagos, etc., hasta alcanzar algunos sitios favorables, tierra adentro. (Piña, 1976:73).

Nuestro autor señala que en este momento parece haber existido una creciente movilidad de las comunidades humanas que se trasladaron de la costa Pacífica de El Salvador y Guatemala al Soconusco; de la costa chiapaneca a las tierras bajas de El Petén, la península de Yucatán y las planicies costeras del Golfo de México.

A partir de la revaloración de las fechas obtenidas en la década de los sesenta y setenta se ha venido cuestionando, sin embargo, la validez de secuencias escasamente calibradas. Al respecto John Clark y Dennis Gosser (1995) replantearon las dos líneas de investigación mediante las cuales se ha abordado el estudio de las cerámicas tempranas de Mesoamérica: la invención independiente o la difusión, ninguna de las cuales le parece, explican el desarrollo de este rasgo sucedido en el Soconusco. Al respecto señalan que:

La evidencia confiable para el desarrollo de la cerámica temprana en Mesoamérica sugiere un tercer proceso que sugiere lo que David Kelly [...] denomina como "invención dependiente". Esta variante de estímulos difusos comprende la aceptación de ideas y el conocimiento tecnológico mediante su adopción y una rápida y diferente aplicación tecnológica en formas ajenas al uso del grupo donante. En tiempos arqueológicos, la transformación de la tecnología es esencialmente instantánea hasta hacer de su fuente difícil de rastrear. (Clark y Gosser:209).

Si bien esta propuesta parece una definición

flexible del fenómeno de la difusión -como una suerte de estímulo que induce a una innovación propia-, no puede dejar de señalarse que la propuesta es pertinente para abordar el desarrollo de la cerámica en el Occidente mesoamericano. Esta región, junto con el Norte de México, fue considerada durante mucho tiempo como un área marginal de Mesoamérica pues se tenía la certeza de que en su territorio no habrían existido desarrollos tempranos ni originales. La región habría sido, bajo ésta óptica, un lugar al cual le habrían llegado las creaciones culturales desde fuera.

Fue Isabel Kelly la primera en publicar un amplio estudio relativo a la existencia de materiales arqueológicos pertenecientes a la más antigua tradición agrícola y sedentaria reportada para la región. El nombre con el cual bautizó a esta tradición -*Capacha*- fue tomado de una conocida y vieja hacienda localizada el norte de la actual ciudad de Colima (Figuras 1 y 2), en cuyas cercanías Kelly exploró uno de los diez lugares con presencia de enterramientos y sus respectivas ofrendas (Kelly, 1980).

Los materiales asociados a esta tradición fueron recuperados en el interior de simples fosas excavadas en el tepetate y agrupados en pequeños cementerios. El utillaje cotidiano incluyó metates sencillos de molienda así como lascas de obsidiana; las figurillas asociadas, sin embargo, al ser sólidas y de acabados muy rústicos fueron conocidas entre los saqueadores

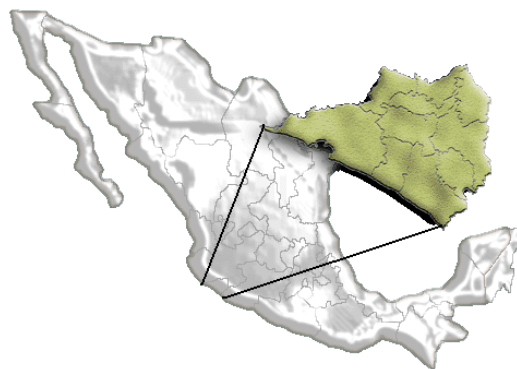


Figura 1. El estado de Colima en la costa occidental de México.



Figura 2. El volcán de Fuego de Colima desde el sur.

como *monos crudos*. En cuanto a las formas cerámicas las mismas incluyeron ollas pequeñas de boca abierta, tecomates, cántaros y formas compuestas. Resaltó la ausencia de platos con fondo plano, de molcajetes y de manera importante, del botellón, el cual remite al corpus propio de Tlatilco en el valle de México. Los elementos característicos del estilo sin embargo, fueron los denominados como bules, ollas de boca abierta con “cintura” y con decoración realizada a través de líneas incisas paralelas partiendo de una suerte de “ombbligo” (*sunburst*). No obstante la predominancia del bule entre las formas *Capacha*, Kelly recuperó ejemplares singulares entre los cuales sobresalieron objetos que mostraban un acabado con pintura roja zonal, vasijas sobrepuestas y unidas entre sí a partir de dos o tres delgados tubos -a las primeras se les nombra asa de estribo a los segundos Kelly dio el nombre de trifidos-. En este primer acercamiento a los materiales *Capacha*, Kelly encuentra que el asa de estribo parece ser más antigua en Colima que en Tlatilco y Morelos (estilo Río Cuautla) en México y que, también, la forma es más tardía en Colima que en la costa del Ecuador (Fase Machalilla)¹¹.

La ubicación cronológica de esta tradición causó polémica desde el momento mismo en que se ofreció el resultado de la única muestra de radiocarbón con la que contó la Dra. Kelly. Según estos resultados *Capacha* se ubicó hacia el 1.450 a.C. (ajustada a 1.522 a.C. +_200 años y calibrada a 2.110 a.C. a 1.520 a.C.) (Mountjoy y Olay, 2006). La fecha se percibió demasiado temprana como para poder relacionar lo *Capacha* con otros lugares tempranos del mismo Occidente, de otras regiones de Mesoamérica e incluso, con las culturas arqueológicas sudamericanas con las cuales estaría emparentada.

Kelly publicó su monografía sobre *Capacha* en el año de 1980, diez años después de haber enunciado sus primeros planteamientos (Kelly, 1970). En virtud de que para este momento Arturo Oliveros había concluido su trabajo sobre El Opeño en el colindante estado de Michoacán (Oliveros, 1970 y 1974), pudo Kelly realizar un profundo análisis comparativo. Como ciertas formas y estilos cerámicos mostraban un gran parecido sugiere que entre ambos lugares debió de haber existido algún tipo de comercio o, por lo menos, la ocurrencia a un lugar común donde se realizaran intercambios, algo que no pasó, sin embargo, respecto a otro tipo de elementos como figurillas o artefactos de piedra y obsidiana (Kelly, 1980). Nuestra autora, por otro lado, no deja de resaltar el listado de rasgos realizado por Oliveros en relación a sitios típicamente del Formativo en otros lugares de Mesoamérica ligados, como se sabe, a la Tradición Olmeca. La ausencia en El Opeño de tecomates, acabados negro pulidos, cocción diferencial, diseños rocker stamping y figurillas olmecas del tipo A y B le llevan a señalar cómo estas carencias son recurrentes no sólo a *Capacha* y El

Opeño sino también a Tlatilco, dejando entrever el que las tres tradiciones parecen tener referentes distintos a los presentes en las cerámicas tempranas del Soconusco -en la costa de Chiapas- las cuales como se señaló al inicio de este escrito, han sido aceptadas como el sustrato Antiguo de lo Olmeca.

Debe subrayarse, en este sentido, que el estudio del Formativo en el Occidente adquirió en los últimos años, una gran relevancia no sólo en términos de la localización de sus rasgos, sino también en la discusión relativa a su papel en el desarrollo evolutivo de las diversas sociedades que integraron el mosaico cultural del Occidente. Es de justicia señalar que ha sido Joseph B. Mountjoy el que ha trabajado con paciencia y disciplina en la búsqueda de las claves interpretativas de este enigmático período. En un primer intento interpretativo relativo al desarrollo de la llanura costera del Occidente publicado en 1989, Mountjoy establece varios elementos relevantes respecto a la tradición *Capacha* a la cual ubica como su fase más temprana -1.200-800 a.C.- (Mountjoy, 1989). En principio señala que los sitios explorados por Kelly fueron cementerios y no espacios habitacionales, que la cerámica funeraria asociada a los entierros pudo ser distinta a la utilizada en espacios domésticos dificultando con ello la identificación de estos últimos y que ninguno de los sitios *Capacha* reportados por Kelly se encontró en la llanura costera de Colima sino en valles y balcones serranos.

Es en este trabajo donde Mountjoy comienza a cuestionar la fecha establecida por Kelly para *Capacha* toda vez que resalta las dificultades que enfrentó para obtener material orgánico susceptible de ser datado. La fase fue fechada por Kelly en base a muestras recolectadas en contextos poco seguros, la más antigua se ubicó hacia el 1.879 a 1.720 a.C., misma que resultó polémica desde el principio en virtud de que la situaría unos cuantos siglos antes de la aparición de El Opeño -la tradición cultural más temprana aceptada para el Occidente mesoamericano-; antes del surgimiento del famoso sitio de Teopantecuanitlan en Guerrero y aun antes de San Lorenzo Tenochtitlan en Veracruz. A esa fecha polémica habría que agregar, además, la negativa de Kelly de reconocer en lo *Capacha*, los típicos rasgos “olmecoides” de las culturas tradicionales del Preclásico o Formativo mesoamericano.

Fue a partir de diversos materiales obtenidos en varios sitios del Occidente estudiados por Mountjoy que el autor terminó por señalar que la fecha ofrecida por Kelly era insostenible. Para ello exhibió el resultado de 11 dataciones de radiocarbón procedentes de excavaciones efectuadas en San Blas, Nayarit y en Tomatlán e Ixtapa, en Jalisco. El rango de sus fechas osciló entre el 820 a.C. +/- 70 años y el 300 a.C. +/- 80 años. Las fechas, desde luego, se encontraron asociadas con materiales que se presume, ostentan semejanzas estilísticas con lo *Capacha* (Mountjoy,

1996). Respecto a la influencia “olmeca” Mountjoy sostuvo que si bien Kelly no aceptó elementos olmecas en *Capacha*, los diseños “sunburst” podrían estar relacionados con la “cruz de San Andrés” -característica de la iconografía olmeca-, esgrafiada sobre el pectoral de piedra con forma de carapacho de tortuga de El Opeño (Oliveros, 1974), lo mismo que las figurillas del grupo tres de este lugar similares a las de gesto gruñón características de *Capacha* (Mountjoy, 1989:13). Respecto a las relaciones estilísticas esbozadas por Kelly, Mountjoy opina que si *Capacha* fue, en algún momento, contemporánea a El Opeño y Tlatilco, dicho momento debió ubicarse entre el 1.000 y el 800 a.C.²¹. En suma, Mountjoy concede que *Capacha* puede fechar alrededor de 1.000 a.C. -con un rango de entre 1,200 y 800 a.C.- pero que, sin embargo, su surgimiento previo (pre-olmeca) no podía ser aceptado con los datos disponibles.

No puede dejar de señalarse que la investigación arqueológica en Colima, después de las últimas temporadas de campo efectuadas por Kelly hacia fines de la década de los sesenta, entró en un letargo de varios años. No fue sino hasta la llegada de una delegación del Instituto Nacional de Antropología e Historia a la región cuando se comenzó a trabajar no desde la perspectiva clara de la investigación concreta de un tema sino, de manera distinta, desde la visión del registro, vigilancia y conservación del patrimonio arqueológico. Es decir, la información que ha podido ser recuperada durante los últimos años en la región -básicamente el Valle de Colima-, se ha obtenido a través de rescates y salvamentos.

En esta misma etapa, los estudios efectuados en el Volcán de Fuego de Colima por parte del Observatorio Vulcanológico de la Universidad de Colima se han enfocado hacia la identificación y datación de los diferentes depósitos de avalanchas producidas por escombros volcánicos en el norte del Valle de Colima. Estos estudios han dejado entrever que los volcanes de Nieve y Fuego han sufrido periódicamente (esto en varios miles de años) colapsos parciales de sus estructuras, provocando con ello que el valle acumule abundantes rellenos -mezclas de rocas de todo tamaño empotradas en una matriz molida de roca, arena y ceniza- sobre una superficie de poco más de 1,500 km² cuyo espesor va de 350 a 30 metros de profundidad (Navarro, 1996) y que en volumen, significan entre 10 a 22 km³ de rocas (Luhrand y Carmichael, 1990). Los estudios han arrojado evidencias que indican que estos colapsos han ocurrido en periodos que va del 45.000 a.p. (antes del presente) al 2.550 a. p. El tiempo de ocurrencia entre cada evento muestra una variación de varios miles de años, además de diferencias notables entre una fecha y otra (Komorowsky *et. al.*, 1994).

La mayor parte del paisaje que observamos en la actualidad en el Valle de Colima es el resultado de un evento sucedido hace miles de años. Los abundantes

afloramientos rocosos observables a simple vista formaron parte de un volcán que precedió al de Fuego, al cual se conoce precisamente como Paleofuego. Su elevado cono, edificado a lo largo de varios siglos por la constante emisión de lava y cenizas, fue destruido a causa de una catastrófica erupción. El Valle de Colima fue desde entonces, un plano inclinado en el cual existía tanto abundantes lomeríos -producto del comportamiento caótico de la avalancha- como enormes piedras salpicando su superficie. A este magno evento los geólogos agregan dos grandes colapsos registrados en las inclinadas laderas incesantemente construidas por la actividad del coloso de Fuego, una sucedida hacia el 3.500 a.p. y la otra hacia el 2.500 a.p.

Estos rangos fueron obtenidos a través de dataciones logradas mediante la recuperación de carbón vegetal -antiguos árboles atrapados en el núcleo de la avalancha- han provocado la curiosidad de los arqueólogos. Ello se debe a que la secuencia cultural articulada por Isabel Kelly hacia 1980, estableció la ocurrencia del complejo *Capacha* hacia el 1.500 a.C., esto es, alrededor del 3.500 a.p. El enorme hueco existente entre las evidencias materiales de esta tradición cultural y el siguiente conjunto de rasgos agrupados bajo la fase Orteses -cuyo inicio se ubica hacia el 400-200 a.C.- podría indicar, en una primera lectura, el abandono del lugar por un largo lapso de entre 11 y 13 siglos a causa de la destrucción de la capa vegetal y la contaminación de fuentes de agua. Se debe hacer notar que la mayor parte de los sitios *Capacha* reportados por Kelly se encontraron hacia el noreste y este de Colima, en zonas cercanas a las laderas de los volcanes y en las márgenes de los ríos Colima y Salado.

Es por esta razón que cuando se llevaron a cabo las dataciones destinadas a ubicar espacialmente los eventos más importantes sucedidos en los volcanes de Nieve y de Fuego, la discusión volvió a tomar fuerza. Como se señaló en párrafos anteriores, las fechas más recientes para las más voluminosas avalanchas indican que las mismas se sucedieron hacia el 2.500, el 3.500 y el 7.000 a.p. (fecha de la erupción del Paleofuego). Esto es, en el 500, el 1.500 y el 5.000 a.C. Esto supondría que, de ser cierta la fecha logrado por Kelly -1.879-1.720 a.C. (aceptado por la comunidad arqueológica como 1.500 a.C.)- que la población desperdigada por la ladera sur del volcán vivió no sólo un evento catastrófico sino dos, uno hacia el 1,500 y otro hacia el 500 a.C. De cualquier modo, el inicio de la fase Orteses, al oscilar entre el 400 y el 200 a.C. indicaría la ausencia de expresiones materiales en un lapso muy considerable. Ante este embrollo, la pregunta pertinente bordaría sobre si los materiales fechados por Kelly procedieron de un contexto arqueológico susceptible de haberse librado de dos eventos en los cuales el terreno se cubrió de los escombros arrastrados por las avalanchas. En otras palabras ¿Los contextos de Kelly se localizaron por

abajo o *sobre* los depósitos fechados por los geólogos?

El vulcanólogo Carlos Navarro procedió entonces a comparar las descripciones estratigráficas realizadas por Kelly (1980) y sus fechas, tanto las obtenidas mediante de hidratación de obsidiana (alrededor del 800 a.C.), como las de termoluminiscencia (Zapote Rosa 3.080 +/-190 B.P / 1.130 a.C., San Miguel monocromo 1.100-220 a.C.) y la de C14 (1.870-1.720 B.C. calibrada). Posteriormente procedió a reconocer cada uno de los sitios referidos por Kelly –los ubicados en la ladera sur del volcán de Fuego- y observó que en la mayor parte de los casos (La Cañada, La Parranda, Parcela de Luis Salazar, La Capacha y El Barrigón) el sustrato de tierra se encontró por encima de la última avalancha. Curiosamente, la muestra en donde Kelly obtuvo su fecha más temprana -y la cual presentó problemas de confiabilidad según Mountjoy-, procedió del sitio denominado “Terreno de Jesús Gutiérrez” del cual Navarro señala: *ya no corresponde a terrenos de avalancha y se trata de depósitos extensos y voluminosos de antiguos cauces fluviales alternados con arcillas lacustres que llegan por el poniente hasta el cañón del río Armería* (Navarro, 1996:6). En otras palabras, el problema sigue sin ser resuelto.

Como señalé párrafos atrás, el estudio de lo *Capacha* en Colima se ha venido abordando de manera relativamente reciente a partir de los hallazgos derivados de rescates y salvamentos arqueológicos. El primero de ellos (mayo de 1996) se realizó en la localidad de Las Guásimas, sobre la cuenca del río Salado (Ramos *et. al*, 2005). El segundo se produjo en las cercanías del rancho El Volantín, al norte de la ciudad de Colima (Olay, 1997) y el tercero durante los trabajos previos a la construcción del tercer Anillo Periférico de la ciudad de Colima (Berdeja, 1999). Según el propio Navarro -que visitó las excavaciones- los dos últimos contextos se encontraron por encima de la avalancha. El caso de Las Guásimas sin embargo, no ha sido analizado desde la perspectiva del comportamiento de las avalanchas volcánicas a lo largo del valle de Colima y la cuenca del río Salado en virtud de que este estudio se encuentra en curso por parte de los vulcanólogos de la Universidad de Colima³¹.

Si bien la llegada de la arqueología institucional a Colima ha permitido la realización de nuevas exploraciones es evidente que las mismas debieron ser planteadas a partir de un balance crítico de lo realizado. En este sentido es pertinente retomar el importante artículo de Mountjoy publicado en la conocida revista *Arqueología Mexicana*, en la cual planteó cinco interrogantes: la primera de ellas era responder si *Capacha* fue un desarrollo preolmeca o si fue su contemporáneo. Al respecto Mountjoy retomó la idea de que *Capacha*, El Opeño y Tlatilco muestran una cierta contemporaneidad que las ubicaría entre el 1.200 y el 800 a.C. (Mountjoy, 1994:

40). No sólo eso, a partir de su propia trayectoria de investigación en la costa occidental de México, Mountjoy encuentra que el estilo *Capacha* parece haberse dispersado a lo largo de las costas de los estados de Jalisco, Nayarit y Sinaloa prácticamente al mismo tiempo que la cultura olmeca hacia lo propio en la región del Istmo de Tehuantepec.

La segunda interrogante tiene que ver con un elemento presente en El Opeño y ausente en *Capacha*: las tumbas subterráneas. En otras palabras: ¿existieron o no tumbas de tiro en *Capacha*? Si bien Kelly señala los reportes de informantes que indican la existencia de vasijas *Capacha* al interior de tumbas de tiro, ella no pudo documentarlo con el hallazgo de un contexto de este tipo. Mountjoy indica que el hallazgo de este elemento se constituiría en un valioso eslabón que *ayudaría a establecer una raíz cronológicamente muy antigua y geográficamente muy amplia para el desarrollo posterior de la tradición Tumba de Tiro en el Occidente de México* (Mountjoy, *Ibidem*)⁴¹.

La tercera interrogante esbozada por Mountjoy retoma la idea de las diferencias existentes entre los materiales asociados a los contextos domésticos y los funerarios:

Es posible que la cerámica común y corriente de la cultura Capacha haya consistido en cántaros, tecomates, cajetes y comales de barro sin decoración o con decoración que consistió solamente en un baño de pintura rosa o guinda. Este tipo de cerámica se encuentra en Colima y en otras partes del Occidente de forma mucho más amplia y abundante que la cerámica funeraria considerada diagnóstica de Capacha. Puede ser que la cultura Capacha haya sido mucho más extensa en el Occidente de lo que se ha propuesto basándose en la distribución de la cerámica funeraria Capacha (*Ibidem*, p. 41).

Posteriormente Mountjoy se pregunta sobre el significado o función de las formas de algunas vasijas *Capacha* en el culto funerario. Al respecto encuentra que las recurrentes vasijas acinturadas (bules) pudieron haber desempeñado la función básica de contener agua. Con relación a las vasijas de asa de estribo y los trifidos, no les encuentra más que la función simbólica de representar la conexión entre el mundo de los vivos y los muertos⁴⁵.

Finalmente, la quinta incógnita que Mountjoy señala, es si la tradición *Capacha* tuvo un origen local o sudamericano. El planteamiento inicial de Kelly con relación a una clara influencia de la cultura Machalilla de Ecuador sobre lo *Capacha*, enfrenta el hecho de que las tradiciones cerámicas de la primera poseen una mayor diversidad de formas y un mejor empleo de técnicas de manufactura que la segunda. Al respecto señala que las semejanzas entre Tlatilco y *Capacha* son mayores que las existentes entre Machalilla y *Capacha*. A la vez, si en 1970 Kelly planteaba a lo Tlatilco como producto de estas oleadas venidas del sur a través de la costa Pacífica de Guerrero, en su monografía de 1980 amplía las posibilidades

señalando que este impulso cultural pudo haber llegado de Sudamérica a través del Caribe, la costa de Honduras y posteriormente, a los altiplanos (Kelly, 1980:38). Si *Capacha* está más cerca de Tlatilco que de Machalilla, Mountjoy vuelve a poner sobre la mesa la idea de que la primera sí muestra elementos olmecoides como los diseños sunburst (a los cuales propone como variante de la cruz de San Andrés) y los rasgos de los rostros de sus figurillas.

No puede dejar de señalarse que a estos cinco enigmas esbozados hace ya varios lustros, se puede agregar uno fundamental, de algún modo enunciado también por Mountjoy: el de resolver si los portadores de la tradición *Capacha* fueron los mismos que diseminaron sobre las regiones occidentales el “arte” de la agricultura. Como se puede inferir a partir de los remanentes materiales que caracterizaron a El Opeño y *Capacha*, se trata de grupos sedentarios, con una economía basada en el cultivo de la tierra y con capacidad de involucrarse en el comercio de materiales foráneos. Si bien la complejidad social se manifiesta más acusada en El Opeño, el impacto de lo *Capacha* en las sociedades de la costa Pacífica devino en un sustrato cultural que, si bien nunca fue homogéneo, si mantuvo elementos de compatibilidad cultural a lo largo del tiempo (Mountjoy, 1994b).

Respecto de la dispersión cultural de lo *Capacha* es prudente resaltar que los materiales de piedra publicados por Kelly dan cuenta de la existencia de artesanos calificados, los cuales alcanzaron un alto grado de elaboración en la fabricación de objetos¹⁶. Este elemento es de suma importancia toda vez que da cuenta de la tecnología con la cual estos grupos, afrontaron un medio ambiente no modificado por la mano del hombre. Si se asume, con base en los cementerios detectados, que su patrón de asentamiento era disperso y compuesto de grupos pequeños -probablemente familias nucleares-, es factible que el sistema de siembra fuera extensivo de barbecho largo (Rojas Rabiela, 1990:42). El desmonte necesario para la preparación de la tierra debió haberse realizado, por tanto, a partir de instrumentos como hachas de piedra. La calidad de los objetos depositados como ofrendas da cuenta, en este sentido, de un bagaje cultural preexistente.

Finalmente, Kelly reporta algunas lascas, raspadores y una punta de proyectil elaborada en obsidiana. El dato no es menor si se toma en cuenta que Colima carece de yacimientos de este material. Así pues, toda presencia de esta materia prima significa algún tipo de intercambio. En *Capacha* sorprende, por tanto, no la bajísima presencia de estos objetos sino la presencia misma. No puede dejar de remarcarse, en este sentido, que la obsidiana se convertirá en el indicador cultural que dará cuenta de las bonanzas y rezagos de los pueblos asentados en la región a lo largo del tiempo.

A partir de esta somera evaluación que guarda la discusión relativa al desarrollo de lo *Capacha*, es que

consideramos importante mostrar a continuación lo que consideramos sin duda, tres de los hallazgos más relevantes efectuados hasta ahora (Figura 3). El primero de ellos se llevó a cabo en el sector sur de la ciudad de Colima -un espacio conocido como Las Fuentes- en donde Saúl Alcántara exploró un notable cementerio con 144 individuos tanto primarios como secundarios, a los cuales les fueron ofrendados alrededor de 300 elementos arqueológicos diversos (Alcántara, 2005). El cementerio se encontró ubicado entre las márgenes de los arroyos Los Trastes y El Pereyra. En un lecho arenoso -y en una superficie de apenas 300 m²- Alcántara percibió la existencia de tres niveles de deposición funeraria en donde los dos más profundos contaron con las ofrendas más ricas (Olay *et. al.*, 2010).



Figura 3. Vista aérea del sector oeste de la ciudad de Colima y ubicación de los sitios en los cuales se encontraron cementerios *Capacha*. Con el número 1 se marca a Las Fuentes, con el 2 a Puer-tas de Rolón y con 3 a El Diezmo.

A partir del análisis contextual de cada individuo y sus asociaciones con ofrendas y con otros restos humanos Alcántara aventuró que estos correspondieron a diferentes eventos de deposición que indicaban -en su simpleza o su complejidad- una manifiesta diferenciación social. A fin de estructurar esta propuesta propuso una clasificación de estos entierros a partir de 4 tipos: el entierro individual complejo, el entierro individual sencillo, el entierro múltiple complejo y el entierro múltiple sencillo. Como su nombre lo señala, las diferencias estuvieron dadas no sólo por el número y la calidad de las ofrendas sino también por el número de individuos que componía cada conjunto. Cabe mencionar que entre las ofrendas a un denominado entierro individual complejo podía encontrarse también, atados de huesos humanos (Figuras 4 a 6).

Entre los materiales asociados al cementerio prehispánico de Las Fuentes encontramos, en su gran mayoría los cántaros, apenas una sola vasija con asa estribo, así como varias ollas con baños rojo-guinda y cántaros con decoración zonal que recuerdan, claramente, a algunos estilos de El Opeño. El contexto mostró una acusada escasez de objetos líticos -apenas tres morteros- y la ausencia de obsidiana.



Figura 4. Entierro 18 de Las Fuentes (Fotografía de Saúl Alcántara).



Figura 5. Vista del entierro 16 de Las Fuentes, un ejemplo de entierro simple complejo (Fotografía de Saúl Alcántara).



Figura 6. El entierro 16 de Las Fuentes. Obsérvese el atado de huesos sobre el rostro (Fotografía de Saúl Alcántara).

El segundo de los hallazgos realizados recientemente corresponde a un rescate arqueológico realizado al oeste de la ciudad de Colima en terrenos conocidos como Puertas de Rolón. En este lugar Judith Galicia registró 61 entierros organizados en un espacio de 156 m², esto es, la mitad del panteón de Las Fuentes. A diferencia de este lugar, en el cual la deposición de los entierros mostró una suerte de orden que los respetó, en Rolón los eventos de enterramiento rompieron constantemente con los individuos previamente colocados en el subsuelo, cortando y modificando las asociaciones culturales más tempranas (Figura 7).



Figura 7. Entierro individual complejo excavado en fosa, Rolón (Fotografía de Judith Galicia).

El tercer ejemplo se ubica en el predio conocido como El Diezmo-Adonai en el cual Ramón López Montes, nuevamente a través de un rescate arqueológico realizado hacia 2012, encontró un notable depósito mortuorio el cual, debido a las particularidades de su ubicación (al interior de una institución dedicada a la rehabilitación de farmacodependientes), se ha podido conservar como una suerte de reserva arqueológica que permita, a través de una búsqueda de métodos que permitan la obtención de dataciones confiables toda vez que los primeros intentos de hacerlo enfrentaron el efecto del suelo volcánico en el colágeno de los restos óseos analizados (ver Almendros, *et. al.*, 2013).

Cabe mencionar que la forma en la cual se utilizó el espacio funerario estuvo hasta cierto punto definida por las características físicas de cada sitio. De tal manera en Las Fuentes encontramos que al ubicarse en el medio de dos corrientes de agua que bajan de las partes altas del volcán de Fuego, los estratos culturales estuvieron organizados en lechos de arenas, de arcillas y de una mezcla de ambas. En Rolón a pesar de ubicarse de igual forma entre el cauce de dos arroyos, la plataforma aluvial delimitada se encuentra formada por un duro sustrato de tierra madre (tepetate) sobre el cual se fueron depositando someras capas de arcilla. Fue por esta razón que los habitantes de Rolón, para el proceso de enterramiento, tuvieron que romper el tepetate y elaborar fosas en el interior de las cuales depositaron a sus muertos y sus respectivas ofrendas. Probablemente la dificultad para elaborar estas fosas hizo que las existentes fueran reutilizadas de manera constante lastimando y modificando los restos óseos de los cadáveres más tempranos (Alcántara y Galicia, 2008). Este sistema se replicó en el caso de El Diezmo Adonai. La fabricación de fosas excavadas en el tepetate es un dato importante toda vez que esta forma de enterramiento será característica del valle de Colima a lo largo de las fases siguientes (Ortices y Comala) en las cuales, además del empleo de la fosa simple, se procederá a excavar elementos de mayor complejidad como las bóvedas subterráneas a las cuales se accederá desde un pozo que le comunicará con la

superficie del suelo, esto es, las denominadas tumbas de tiro.

En este tenor, creo importante traer a cuento los últimos trabajos de Mountjoy en la región costera de Jalisco y Nayarit, particularmente en los sitios Coamajales, El Pantano y El Embocadero II, de la región de Mascota, Jalisco. Mountjoy refiere que durante un periodo de 6 años exploró 3 panteones, los cuales fueron datados para el periodo comprendido del 1.000 al 700 a.C., recuperando entre 500 y 600 elementos de ofrenda. Entre estos se encontraron objetos de concha, vasijas, figurillas y esculturas en barro entre otros. A partir del análisis de sus materiales así como por las fechas obtenidas a partir de análisis de C14, encuentra que la impronta *Capacha* -la dispersión de esta tradición hacia los valles serranos de la Sierra Madre Occidental- muestra tres periodos evolutivos. Estos momentos estarían representados por la cerámica monocroma caracterizada por las vasijas acinturadas o bules y por los tecomates como los elementos más tempranos, por la ocurrencia en un segundo momento de las vasijas de asa estribo y el botellón y finalmente, un último periodo en el cual las formas elaboradas desaparecen para dar lugar al predominio de ollas y la emergencia de baños de color rosa (Mountjoy, 2005).

Los datos recuperados hasta ahora indican que la costumbre de enterrar a los muertos en tumbas de tiro y bóveda es una tradición antigua que se remonta al Formativo Medio, reforzando las evidencias presentes en El Opeño cuyas tumbas, a pesar de haber sido excavadas en el subsuelo, presentan una forma distinta a las recurrentes en la tradición de tumbas de tiro. A la vez, el que entre los materiales recuperados se muestren una serie de representaciones antropomorfas y zoomorfas, da cuenta de que la tradición escultórica en barro del Occidente se encuentra enraizada en sus más tempranas expresiones culturales. Finalmente, la índole de las materias primas, las formas de los objetos y el estilo presente en las representaciones humanas, da pie a Mountjoy a señalar la pertinencia de las hipótesis que proponen las tempranas relaciones existentes entre el Occidente y el Noroeste de Sudamérica (Mountjoy, 2012).

Si bien esta secuencia formal de la tradición temprana del Occidente ha sido aprehendida por Mountjoy a partir de trabajos sistemáticos sustentados en dataciones absolutas, se debe resaltar el hecho de que esta visión refiere a un fenómeno distinto al que caracterizó al Valle de Colima y la cuenca del río Salado/Coahuayana. De algún modo la definición de lo *Capacha* se sucede en estas regiones de un modo que, sin embargo, no ha alcanzado a esclarecer sus propias etapas de desarrollo -que las debe haber tenido- a partir de nuevas exploraciones que ofrezcan un mayor número de fechas absolutas¹⁷. Se debe mencionar en este sentido el estudio efectuado por Morales *et. al.* en el cual, a través de análisis de magnetismo de rocas y arqueointensidad sobre siete

fragmentos de cerámica *Capacha* del sitio Rolón, proponen tentativamente un intervalo de 1.481 a 1.265 a.C. para dicho espacio funerario (Morales *et. al.*, 2013) y, a la vez, que su valor medio de arqueointensidad es comparable a valores semejantes obtenidos en otros sitios Preclásicos mesoamericanos (Pineda *et. al.*, 2011).

Es necesario enfatizar que la propuesta de Mountjoy permite mirar el fenómeno cultural *Capacha* desde fuera de su área nuclear, planteando con ello nuevas directrices tanto de investigación como de interpretación. A partir de esta mirada la exploración en Las Fuentes y en Puertas de Rolón proveyó un cuerpo de elementos que, como se señaló en el párrafo anterior, apenas se está analizando mediante la definición de los estilos que presentan las colecciones recuperadas, así como su necesaria ubicación cronológica absoluta, pues el intervalo obtenido en Puertas de Rolón debe sustentarse sobre un cuerpo de datos que permita la construcción de una curva confiable susceptible de ser comparada con la Curva de Variación Secular propuesta para Mesoamérica para sus periodos tempranos (Soler, 2011). Se tiene la expectativa sin embargo, que las futuras exploraciones en *El Diezmo-Adonai* permitan avanzar en el ordenamiento temporal de esta tradición.

Con esta salvedad procederemos a señalar que las ofrendas que contuvieron los entierros tanto de Las Fuentes como en *El Diezmo-Adonai* fueron su mayoría, vasijas acinturadas de tamaños diversos (Figuras 8 y 9), cántaros tanto monocromos como con acabados en rojo-guinda zonal y guinda; cuencos, miniaturas, platos, un cajete doble, una sola vasija de asa estribo y ejemplares, absolutamente relevantes de vasijas zoomorfas (Figuras 10 a 12). En cuanto a Puertas de Rolón un elemento sin duda relevante fue la presencia de varios botellones de cuello alto, esos elementos que Kelly -en su monografía de 1980- consideró ausentes del registro arqueológico de Colima. Si bien estos elementos no se muestran idénticos al estilo Tlatilco sin duda son botellones; otros rasgos relevantes fueron la presencia de vasijas



Figuras 8 y 9. Vasijas acinturadas con diseños sunburst (Fotografías de Saúl Alcántara y Judith Galicia).



Figura 10. Vasija en cuyo cuerpo se semeja el cuerpo de un ave, con cabeza y pico adosado.

antropomorfas (Figura 7), vasijas miniatura y vasijas “anecdóticas” (Alcántara y Galicia, 2008).

Se puede aventurar que la forma en la cual fueron inhumados los diversos conjuntos funerarios indica una clara intención de diferenciar a sus individuos, esto es, se hace evidente la existencia de una jerarquización social. Basta con observar cómo en Las Fuentes los entierros definidos como complejos -ya fueran individuales o colectivos- se observan las huellas de una ritualidad plasmada en la manera en que fueron colocados los diferentes niveles de deposición. Se puede inferir que el ritual llevó a cabo la preparación del espacio mortuario ya fuera por medio de la colocación de cráneos -¿de antepasados directos?- o vasijas que antecedían al depósito del cuerpo o cuerpos a inhumar. En el momento en que el o los cadáveres eran colocados en este nicho fabricado ex profeso les eran puestos, a manera de ofrenda, diversos elementos cerámicos los cuales, en la mayoría de los casos, correspondieron a vasijas acinturadas o bules aunque también hubo la presencia de vasijas zoomorfas y/o antropomorfas. Es de recalcar la constante presencia, en estas vasijas, de sus baños rojos o guindas e, incluso, la variante en sus diseños como un modo de tornar singular la vasija depositada. En algunos casos se llegó a contar con un tercer nivel de deposición de ofrendas los cuales integraron algunos artefactos de piedra o un nuevo lote de materiales cerámicos.

En cuanto a las vasijas tanto antropomorfas como zoomorfas recuperadas en ambos sitios como parte de las ofrendas, se hace evidente su clara relación con lo



Figuras 11 y 12. Vasijas en forma de ave de Las Fuentes, la de abajo con el pico abierto (Fotografías de Ángeles Olay).

que, siglos más tarde, dará forma a la renombrada tradición de tumbas de tiro y su corpus material plétórico de formas que reproducen tanto a plantas y animales como al hombre. Lo relevante del hallazgo, en todo caso, tiene que ver con el significado que estos objetos tuvieron al interior del ritual mortuario y que, probablemente, tuvo que ver con una cosmovisión del mundo en el cual ciertos animales simbolizaban entidades naturales poderosas en etapas previas a lo que posteriormente, será la institucionalización de ideas religiosas.

Si bien entendemos que la ubicación cronológica y las características formales de lo *Capacha* debe ser puntualizadas con rigor, encontramos que la problemática referida al Formativo temprano y medio del Occidente de México enfrenta enormes lagunas de información que afecta la interpretación convencional del desarrollo de Mesoamérica, entendido este como una secuencia evolutiva lineal en la cual el elemento olmeca -definido durante mucho tiempo como la *cultura madre*- se encuentra siendo cuestionada por varios autores (al respecto ver Lowe, 1998). Debe resaltarse que buena parte de esta construcción se debió a que varias regiones de Mesoamérica no fueron investigadas por ser consideradas *a priori* como marginales. Cuando comenzaron a ser trabajadas y los datos fluyeron, se ha comenzado a aceptar -así sea lentamente- el papel desempeñado por ellas en el proceso formativo de lo mesoamericano.

En el caso que nos ocupa, los nuevos trabajos dejan entrever que *Capacha*, cómo bien lo habría percibido Mountjoy en su trabajo de 1989, se encuentra más cercano a Tlatilco que a lo Machalilla. Ahora bien, los recientes trabajos de David Grove en las tierras bajas de Morelos le han llevado a sugerir que *a partir de [una gran] variedad de información, [que] la zona nuclear de la cultura de Tlatilco probablemente no estuvo en las frías tierras altas del valle de México, sino en los cálidos valles fluviales de Morelos* (Grove, 2007). Si a estos datos se agrega el que los recientes estudios efectuados por Arturo Oliveros en El Opeño indican que el empleo de objetos de piedra verde procedente de las ricas vetas

del río Motagua en Guatemala y Honduras, parece mostrar una utilización anterior en el Occidente de México que en el área nuclear olmeca (1.300 a.C. según Oliveros y Paredes, 1993), queda claro que en el área se deben impulsar investigaciones cuyos presupuestos permitan ordenar su, hasta ahora, poco clara secuencia cultural.

Esta visión sintética del estado que guarda el estudio de las manifestaciones tempranas del occidente mexicano sin duda deja la sensación de carencias importantes que de subsanarse sin duda cambiarían buena parte de las interpretaciones que son aceptadas hasta ahora. La idea de Clark y Gosser enunciada al inicio de este escrito, el que la relación entre Mesoamérica y Sudamérica se llevó a cabo mediante una *invención dependiente*, sin duda puede ser discutida con rigor a partir de una región ampliamente documentada como es el Soconusco y la costa de Chiapas. En el caso del Occidente la ausencia de información referente a sus etapas más tempranas (Formativo Temprano) deja en el aire la manera en la cual las sociedades de cazadores y recolectores de la costa se transformaron en agricultores incipientes y en capacitados artesanos que fueron capaces de elaborar objetos en los cuales plasmaron sus ideas del mundo.

Basta con observar los objetos creados por los grupos portadores de la tradición Capacha para aceptar, ante la falta de registros que den luz respecto a la manera en la cual se sucedió la *revolución neolítica* en la costa occidental de México, que la misma se llevó a cabo a partir de los impulsos culturales provenientes desde el sur. El que esta *impronta* se haya transformado en el proceso mismo de adaptación al entorno y a las pautas locales, no niega el hecho original. No obstante, en tanto no se investiguen aquellos espacios susceptibles de contener los indicios que den cuenta de este proceso a partir de proyectos de investigación interdisciplinarios, el problema seguirá constituyendo un enigma sin resolver.

Notas

[1] “Con respecto a la boca de estribo, conviene mencionar que esta forma parece ser mucho más antigua en Colima que en Tlatilco y Morelos. La cronología absoluta de estos dos lugares todavía no está muy firme [...], pero un cálculo conservador colocaría el complejo Capacha unos cinco siglos antes del “estilo Tlatilco” y del “estilo Río Cuautla”. De acuerdo con el estado actual de nuestros conocimientos, Colima quizá tenga la boca de estribo más antigua de toda Mesoamérica [...]. A su vez esta misma forma es más tardía en Colima que en el lugar de su primera aparición, en la fase Machalilla, en la costa del Ecuador, cuya antigüedad se calcula desde 2.000 hasta 1.500 a.C.” (Kelly, 1972:29).

[2] Esta propuesta está basada en dataciones obtenidas por medio de hidratación de obsidiana, las

cuales ofrecieron un rango de entre 806 a 520 a.C. (Mountjoy, 1989:14).

[3] Una de las grandes limitantes de estos trabajos de rescate y/o salvamento arqueológico radica en que, al tratarse de trabajos financiados por terceros (entidades públicas como gobiernos municipales o privadas como constructoras), las aportaciones otorgadas suelen cubrir en su mayor parte los trabajos de campo y apenas en una mínima parte, los de gabinete. Ello quiere decir que el estudio de los materiales recuperados puede realizarse o no de acuerdo a las posibilidades presupuestales de los investigadores involucrados. Ahora bien, si el recurso para el estudio de los materiales es escaso, el destinado a datar los contextos explorados es prácticamente inexistente. Es claro que esta carencia afecta de manera notable al proceso de interpretación.

[4] No deja de ser revelador el que la misma Kelly señale que algunos tuestos recuperados en una tumba de tiro saqueada -a los cuales clasificó como *Zapote rosa*- fueron datados hacia el 1.130 a.C. (Kelly, 1980:36). No debe pasarse por alto, a la vez, que se está hablando de la tumba de tiro más temprana reportada para Colima.

[5] No obstante lo anterior, debe señalarse la sugerente hipótesis de Mountjoy con relación a la función de los enigmáticos trífidos. Sus últimos trabajos realizados en El Pantano, en las cercanías de la localidad de Mascota en, Jalisco, le permitieron la recuperación de una olla con una placa coladora adosada en el cuello -semejante a una pieza Capacha descrita por Kelly-. A partir de este ejemplar Mountjoy propone que el objeto de colocar cántaros sobrepuestos y unirlos a través de dos, tres o cuatro tubos era el de producir “tés medicinales” (o alucinógenos). La forma, en este sentido, pudo haber sido el resultado de una adaptación de la forma asa de estribo, típica de Sudamérica en donde, probablemente, estos objetos tuvieron una función diferente (Mountjoy, 2005).

[6] Al respecto se puede observar las figuras 37 a la 43 (Kelly, 1980:84-89).

[7] Como se dijo con anterioridad, los nuevos hallazgos han derivado de trabajos de rescate arqueológico los cuales, si bien permiten recuperar información valiosa, no se insertan al interior de proyectos de investigación orientados a responder preguntas concretas.

Referencias

- Alcántara, Saúl (2005). *Un panteón preclásico en Colima, Tesis de Licenciatura en Arqueología*, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México D.F.
- Alcántara, Saúl y Judith Galicia (2008). “Aproximaciones al entendimiento de la cultura Capacha: Las Fuentes y Puertas de Rolón, dos casos de estudio”, *4º Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima*, Secretaría de Cultura, Gobierno del estado de Colima.
- Almendros, Laura, Maritza Cuevas y Rafael Platas (2013). “Entierros en el sitio El Diezmo-Adonai”, *Arqueología*

- Mexicana*, Vol. XIX, 120: 10-11.
- Berdeja, Julio (1999). *Rescate arqueológico Tramo "A" 3r Anillo Periférico*. Informe parcial, Colima, Centro INAH Colima, mecanoescrito.
- Brush, Charles F. (1969). "Pox Pottery: earliest identified Mexican ceramic", *Science* núm. 149 pp. 194-195.
- Clark, John E. y Dennis Gosser (1995). "Reinventing Mesoamerica's First Pottery". En *The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*, editado por W. Barnett y J. Hoopes, pp. 209-221. Smithsonian Institution Press, Washington, D. C. y London.
- Clark, John E. y Mary E. Pye (2006). "Los orígenes del privilegio en el Soconusco, 1,650 a. C. Dos décadas de investigación", *Revista pueblos y fronteras digital*, México, PROIMMSE, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, ISSN 1870-4115, núm. 2.
- Coe, Michael D. (1960). "Archaeological linkages with North and South America at La Victoria, Guatemala", *American Anthropologist* 62.
- (1961). "La Victoria, an early site on the Pacific Coast of Guatemala", *Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnohistory*, Cambridge, vol. 53, Harvard University Press.
- Coe, Michael D. y Kent V. Flannery (1967). *Early cultures and human ecology in South Coastal Guatemala*, Washington D. C., Smithsonian Contributions to Anthropology vol. 3, Smithsonian Institution.
- Grove, David C. (2007). "El Occidente y Mesoamérica en el preclásico temprano", mecanoescrito.
- Kelly, Isabel (1972). "Vasijas de Colima con boca de estribo", *Boletín del INAH* núm. 42, primera época, México, INAH, pp. 26-31.
- (1980). *Ceramic sequence in Colima: Capacha an early phase*, Tucson, Anthropological Papers of the University of Arizona Press.
- Komorowsky, J. C., Carlos Navarro, Abel Cortés y C. Siebe (1994). "The unique tendency for recurrent collapse of Colima volcanoes (Mexico): the challenge of reconciling geologic evidence with C-14 chronology-implications for hazard assesment", *International meeting on volcano instability on earth and other planets*, Londres, Geology Society of London.
- Lowe, Gareth (1975). "The early Preclassic Barra Phase of Altamira, Chiapas: a review with new data", *Papers of the New World Archaeological Foundation* núm. 38, Provo, Utah.
- (1988). *Mesoamérica olmeca: diez preguntas*, México, INAH, (Colección Científica núm. 370), 1998.
- Luhrand, James F. y Ian S. Carmichael (1990). *Geology of Volcan de Colima*, UNAM, Instituto de Geología (Boletín 107), México, 1990.
- Meggers, Betty J., Clifford Evans y Emilio Estrada (1965). "Early formative periodo of Coastal Ecuador: the Valdivia and Machalilla phases", *Smithsonian Contributions to Anthropology* 1, Washington D. C.
- Morales, J., Avto Goguitchaichvili, Ma.de los Ángeles Olay Barrientos, Claire Carvallo y Bertha Aguilar Reyes (2013). "Archeointensity investigation on pottery vestiges from Puertas de Rolón, Capacha culture: In search for affinity with other Mesoamerican pre-Hispanic cultures", *Studia Gephysica et Geodaetica* 57: 605-626.
- Mountjoy, Joseph B. (1989). "Algunas observaciones sobre el desarrollo del preclásico en la llanura costera del Occidente", Martha Carmona Macías (coord.), *El Preclásico o Formativo, avances y perspectivas*. *Seminario de Arqueología Dr. Román Piña Chan*, México, INAH, Museo Nacional de Antropología, pp.11-26.
- (2005). "Caracterización de la cerámica del Formativo medio y tardío encontrada en la costa de Jalisco, Nayarit y el Altiplano adyacente", Segundo taller-seminario *El Eje Lerma-Santiago durante el Formativo terminal y el Clásico temprano: precisiones cronológicas y dinámicas culturales*, Coordinación Nacional de Arqueología, 19 al 22 de septiembre de 2005, mecanoescrito.
- (2012) *El Pantano y otros sitios del Formativo Medio en el Valle de Mascota, Jalisco*. México, Secretaría de Cultura Gobierno de Jalisco, Universidad de Guadalajara, Ayuntamiento de Macota.
- Mountjoy, Joseph B. y Ma. Angeles Olay (2005). "La arqueología de Colima", *Tesoros de Colima. Hallazgos de ayer y hoy*, México, Gobierno del estado de Colima, Universidad de Colima, Editorial Raíces, pp. 22-35.
- Navarro, Carlos (1996). "La fase cultural Capacha en el valle norte de Colima y su relación con eventos volcánicos tipo Mt. St. Helena. Similitud en edades C14 y relaciones estratigráficas", *Diplomado de Arqueología de Occidente*, Hacienda de Noguera, Comala, Colima, México, mecanoescrito.
- Niedemberger, Christine (1999). "Las sociedades mesoamericanas: las civilizaciones antiguas y su nacimiento", Teresa Rojas Rabiela y John Murra (dir.) *Historia General de América Latina, Tomo I, Las Sociedades Originarias*, Madrid, Editorial Trotta S. A.
- Olay, Ma. Angeles (2010). "Informe técnico final del Rescate Arqueológico El Volantín/Santa Gertrudis (1997), municipio de Colima", *Las aldeas del valle de Colima, una visión arqueológica de su historia antigua a través de diversos rescates y salvamentos*, tomo IX, Colima, Mecanoescrito.
- Olay, Ma. Angeles, Saúl Alcántara y Laura Almendros (2010). "La tradición Capacha. Evaluación y perspectivas desde el valle de Colima", Laura Solar (ed), *El sistema fluvial Lerma-Santiago durante el Formativo y el Clásico temprano: precisiones cronológicas y dinámicas culturales*, México, INAH, pp. 19-41.
- Oliveros, José Arturo (1974). "Nuevas exploraciones en El Opeño, Michoacán", Betty Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*, Ajijic, Jalisco, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A.C. pp.182-201.
- Oliveros, Arturo y Magdalena de los Rios Paredes (1993). "La Cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono", *Arqueología* 9-10, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 45-48.
- Pineda Durán, Modesto, Juan Morales, Bertha Aguilar Reyes, Avto Gogichaishuili (2011). "Determinación de Arqueointensidades sobre vestigios de cerámica del sitio arqueológico de Capacha (Occidente de México): en busca de afinidad con otras culturas mesoamericanas" en *Latinmag Letters*, Vol. 1, CO5, Págs. 1-5, Procedings Tandé, Argentina.
- Piña Chan, Román (1975). "El periodo agrícola aldeano. Consideraciones generales", en Ignacio Bernal y Román Piña Chán (eds.), *México: panorama histórico y cultural. Del nomadismo a los centros ceremoniales*, México, Secretaría de Educación Pública, INAH, vol. VI.
- (1976). *Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino*, México, INAH, Monumentos Prehispánicos, (Serie arqueología 2).
- Ramos de la Vega, Jorge, Lorenza López, Jean Pierre Emphoux y Francisco Javier Revelez (2005). "Investigaciones arqueológicas en la cuenca del río Salado, Colima", Ernesto Vargas (ed.), *El Occidente y Centro de México, IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, volumen II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 57-74.
- Rojas Rabiela, Teresa (1990). "La agricultura en la época prehispánica", Teresa Rojas (coord.), *La agricultura mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días*, México, CNCA / Grijalbo, (Los noventa núm. 71), pp. 15-138.
- Soler, Ana María (2011). "Análisis detallado y mejoras a la curva de variación secular para Mesoamérica y ocupaciones tempranas en América", en *Latinmag Letters*, Vol. 1, CO5, Págs. 1-7.
- Tolstoy, Paul y Louise I. Paradis (1970). "Early and middle preclassic culture in the Basin of Mexico", *Science* 167, pp. 344-351.

About the Author

María de los Ángeles Olay Barrientos, Arqueóloga por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Maestra en Historia por la Universidad de Colima y Doctora en Antropología por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Premio Peña Colorada 1994 Universidad de Colima. Premio Nacional INAH Alfonso Caso 2006 a la mejor tesis de doctorado. Investigadora, Titular C del Instituto Nacional de Antropología e Historia adscrita al Centro INAH Colima. Presidente del Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia entre enero 2013 a agosto 2016. Ha trabajado en diversos proyectos de investigación arqueológica, principalmente de salvamento y rescate arqueológicos en la costa de Jalisco, en el Distrito Federal, en Veracruz y Chiapas. Desde hace 30 años se desempeñó en Colima en donde procuró el estudio de dos de los sitios monumentales del valle de Colima e impulso los estudios de rescate y salvamento arqueológico en la región. A la vez, ha realizado los guiones museográficos del Museo Regional de Historia de Colima, del Museo Universitario de Tecmán, del Museo del Palacio de Gobierno y del Museo de las Culturas de Occidente. Es autora de ocho libros, de alrededor de 70 artículos y de 75 informes técnicos depositados en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH. Sus intereses de investigación se enfocan al esclarecimiento de las dinámicas sociales prehispánicas en el Occidente de México, la ocurrencia del fenóme-